

AIKIDO Y SUFISMO
La Via del Agua y del Fuego

por © Carmelo Ríos

"Todo el universo está engendrado dentro de un movimiento y actividad sin fin, en una continua danza cósmica de energía. Hay movimiento, pero no hay, en el fondo, objetos que se muevan. Hay actividad, pero no hay actores; no existen danzantes, sólo existe danza.

Fritjof Capra.

Algunos autores han definido el sufismo como la vía oculta, esotérica y mística del Islam. Se habla también de la vía sufí como el camino o itinerario hacia Dios. Como otras tradiciones místicas o iniciáticas, tampoco los sufíes han sido profetas en su tierra y considerados como heréticos, como gnósticos, como alejados del dogma tradicional coránico, como es el caso aún en día en países dominados por la intransigencia religiosa o política, son perseguidos por los regímenes radicales y fundamentalistas.

Se dice que la palabra *sufí* deriva del árabe *suf*, lana, es decir, los sufíes eran los "hombres vestidos de lana" porque como los eremitas cristianos, se enamoraban de "dama pobreza" y vivían una existencia de soledad o de peregrinación. Pero otra traducción nos dice que un sufí es el hombre o una mujer puros de corazón. Para el maestro sufí Yunayd, "la ciencia del sufismo es una ciencia que sólo conoce el hombre dotado de intuición y familiarizado con la Verdad. No la conoce aquel que no posee el testimonio interior, ya que ¿Cómo podría un ciego ver la luz del sol?"

Es evidente que el sufismo ha sido durante siglos incómodo para el Islam, pues a menudo se aleja de la estrecha ortodoxia y

hace uso de la belleza, del canto, de la música y la danza sagrada como vías iluminativas de acercamiento a lo Divino. En tiempos de oscurantismo y de intransigencia religiosa, los sufíes, como los trovadores, hablaban y cantaban al pueblo por los caminos y en las aldeas, de unidad, de amor, de libertad espiritual, de igualdad de sexos, de un ideal santo de búsqueda divina por el camino del amor, de la alegría íntima y de la belleza, sin intermediarios, sin sacerdocios, sin iglesias, sin mezquitas, sin sinagogas, ni sacramentos, ni hierofanías.

Aún en la actualidad el régimen talibán afgano persigue a las hermandades (*tekkias*) sufíes, prohibiéndoles cantar, recitar poesía, interpretar su exaltada música o bailar. Como las llamadas "herejías" cataras, albigenses, nestorianas, maniqueas o mandeanas en tiempos de la inquisición cristiana, también los sufíes han sido proscritos en diferentes épocas y países por su amplitud de mente, por sincretismo poco ortodoxo, por su extraña ciencia del despertar del alma. En su profunda obra "*La Experiencia del Fuego*", Emilio Galindo Aguilar nos dice:

"Y así, los sufíes por ser por antonomasia el mundo de la libertad y de la experiencia viva, como un río en crecida que nace de la desnuda fe coránica y se alimenta constantemente de ella, se fueron enriqueciendo con una serie de afluyentes, que, aunque extraños y a veces hasta contrarios a la doctrina oficial del Islam, no lo fueron a la inspiración profunda, a la quemadura del Fuego, al flujo y al reflujo del Gran Mar, de cuyo enajenamiento ellos eran testigos de excepción" (1)

Así, el sufismo y los sufíes, de mente y corazón libres, se fueron empapando del agua espiritual por donde sus pasos atravesaban. Bebieron en las fuentes de las doctrinas de los pitagóricos, de Plotino, de la cosmología de Empédocles, del hermetismo griego, del zoroastrismo y del llamado "maniqueísmo", y también del budismo y del cristianismo gnóstico. Los escritos, las enseñanzas, la música y los poemas de los derviches, de los sufíes errantes a su vez nutrieron con una nueva sabia de ciencia espiritual y una inimaginable belleza y profundidad las culturas renacentistas, e influyeron definitivamente en Francisco de Asís, en los cátaros del mediodía francés, en los trovadores y en los poetas itinerantes, en toda la Tradición

iniciática occidental y en autores como Dante Alighieri, quien en su "Divina Comedia" deja entrever los ecos del pensamiento sufí de Ibn´Arabi.

¿Pero quien es verdaderamente un sufí? Para el maestro Javad Nurbakhsh:

"El sufí es un enamorado de la Verdad y desea poder servirle a Él. La mejor manera de lograr esto es servir a Su Creación. El sufí, para manifestar su devoción a Dios, se hace servidor de ella, sin fijarse en la recompensa espiritual o material, sirve de todo corazón sin apariencias ni hipocresía y con el conocimiento de que *La oración no es el rosario, el altar o la túnica, sino servir al mundo (Sa´adi)*" (2)

EL CAMINO DEL AGUA

Millones de personas de todas las razas, profesiones, estratos sociales y religiones son en la actualidad seguidores del sufismo, a través de su cultura, de su arte, de su música, de su poesía o de sus enseñanzas espirituales. Y no son pocos los autores, estudiosos y seguidores del Sufismo que han encontrado grandes paralelismos entre sus enseñanzas y prácticas y el Aikido, un arte de expresión de la vida y de la paz, así como en la profunda metafísica de ambas vías de conocimiento (gnosis). En efecto, muchas son las ideas comunes y las prácticas que unen el Sufismo y el Aikido, no solamente por la fluidez, la espaciosidad y la armonía de sus gestos, por estar poseídos de un ideal común, sino por la trascendencia de su búsqueda de unidad. Ernest Scott, en su célebre libro dedicado al Sufismo "*El Pueblo del Secreto*", cita a uno de los antiguos maestros del Aikido:

"Un hombre que ha adquirido plenamente el arte de Aiki-no-jutsu, raya en lo divino. La clarividencia de la que tanto se habla hoy en día no es sino una parte de Aiki. Los viejos maestros de mi escuela tienen dichos que aseguran que un pleno conocimiento de Aiki uno puede ver en la oscuridad, parar a un hombre que está caminando o romper una espada que está a punto de matar. Estas

palabras pueden ser aceptadas como verdad. Saco esta conclusión de mi propia experiencia en parar hemorragias...Creo que los hombres pueden entrar en el reino divino a través del cultivo constante de las facultades mentales y físicas" (3)

El autor habla también de ciertos derviches errantes y *sheikhs* sufíes que poseían cualidades espirituales y poderes sobre-naturales, muy similares a los de los grandes maestros del Aikido. El descubridor de esta vía iluminativa, un gran guerrero espiritual, asceta y *sinnin* (yogui) japonés llamado Morihei Ueshiba, recorrió durante toda su vida un sendero de purificación moral, caballeresco, filosófico y metafísico comparable con la "senda espiritual" o *tariqat* sufí, y tuvo grandes experiencias transpersonales, extáticas y de *yazbé* o "arrebato místico" y de "posesión divina" (*kami-gakari*) que le permitieron trascender su yo efímero (*nafs*) y entrar al mundo de lo divino, y más tarde trazar un sendero para las generaciones futuras. Abordaremos ahora brevemente su biografía.

Morihei Ueshiba (también conocido como "o-sensei") nació en Tanabe, Japón, una pequeña villa rural, el 14 de Diciembre de 1883. Desde muy niño se había sentido muy atraído hacia el mundo espiritual, y para fortalecer su cuerpo menudo, frágil y enfermizo, se entregaba a largos periodos de entrenamiento y purificaciones rituales, movido por el ideal de los antiguos monjes-ascetas y los guerreros errantes. Este ideal caballeresco pareció marcar la vida de este personaje de leyenda, pues al igual que la "vía caballeresca" occidental, oriental o sufí, el *bushido* antiguo fue la guía moral que siguió fielmente desde su juventud. El ideal del caballero andante, común en la literatura sufí (*futuwa* o *Yawan mardi*) y occidental, expresaba una forma de vida ejemplar, el ideal de un "hombre bueno", justo o de ley. Una vía que se fundamentaban en los valores humanos de generosidad, espíritu de sacrificio, modestia, ayuda a los necesitados, valor, integridad de carácter, lealtad y bondad de corazón.

El paraíso islámico esta lleno a rebosar de agua, de fuentes, de manantiales, de oasis de hermosa vegetación y fertilidad, y así, el color de los sufíes es el verde, como símbolo de vida, de alegría, libertad, creación, y de todo

aquello que se opone a la intransigencia, a la negación, a la "sequedad" del corazón y al sufrimiento que les son inherentes. Y el joven Morihei buscaba ante todo ese contacto directo, personal, íntimo con la Madre Naturaleza, con su belleza, frescura, serenidad y armonía, y también con sus energías y fuerzas sutiles. Contemplaba, extasiado, los dramáticos cambios de las estaciones, la poderosa fuerza del viento, la fluidez del agua, la magnificencia del ígneo rayo iluminando la noche, la humildad de la rama que cede ante el peso de la nieve, el sinuosos recorrido del arroyo, que se convierte en corriente fluida y más tarde torrente incontrolable. El umbrío del bosque y la solemnidad de las montañas fueron sus mudos instructores. Como reflejan los postreros bocetos del gran Leonardo de Vinci, Morihei observaba asombrado la constante imagen del círculo y de la espiral, como un secreto patrón o un plano oculto de *retorno a la Unidad* que el Universo había indeleblemente grabado en las formas puras de la *dama natura*, y susurrado secretamente al oído de los sabios, de los santos y de los iniciados.

Y veía ese misterioso designio inscrito en la ola, en la raíz, en el árbol que ascendía en espiral buscando anhelosamente, vehementemente, la luz, el aliento vital y la vida. Lo encontraba doquier miraba, donde quiera que se movía, en el fluir del agua, en el arrebató del fuego y en el torbellino de aire. Y sentía palpar en su interior ese mismo giro, ese mismo rito y ese ritmo universal, arcano, latente, poderoso, escondido pero eternamente vivo en esa Naturaleza bienamada, santa y venerada. Todas esas imágenes, toda esa poesía vital, todas esas vivencias íntimas quedarían indeleblemente grabadas en su memoria y en sus sentimientos más hondos e influirían decisivamente en la posterior creación del Aikido.

Pasaba las noches, los días, los meses en la soledad del bosque, esgrimiendo su espada de lucida compasión bajo el tapiz estrellado del firmamento. Y también todo en él giraba, danzaba, reía y lloraba con el alma presa del arrebató místico, como Rumi, el bendito maestro fundador de la orden de los derviches giróvagos, quien en sus bellísimos poemas decía:

"¡Oh, día, nace;
Los átomos danzan.
Las almas prendidas del éxtasis, danzan.

Al oído te diré a dónde lleva la danza:
Todos los átomos, en el aire y en el desierto,
sábelo bien, son como insensatos.
Cada átomo, feliz o miserable
Está prendado de esa Luz de la que nada puede decirse."

Con objeto de someter su cuerpo y su espíritu a las más duras pruebas, se alistó como voluntario en la guerra ruso-japonesa. Sus hechos de armas y hazañas extraordinarias, algunas de ellas cercanas a lo sobrenatural, como su extraña capacidad psíquica de premonición, que le permitía ver un rayo de luz que marcaba la trayectoria de los proyectiles instantes antes de que el enemigo apretara el gatillo. Esos inexplicables hechos, aliados a su reputación de poseer una especie de espíritu protector o un aura de bendición (similar a la *barakah* de los sufíes) y de traer buena suerte a sus compañeros de armas, le hicieron ser conocido como el "dios de los soldados". Pero la visión de la muerte, del dolor físico y moral, el sufrimiento de los seres humanos, junto a la percepción del grito desesperado de los heridos y moribundos en el campo de batalla, y sobre todo la injustificada matanza de seres inocentes, hizo desistir al joven Ueshiba de su vocación militar.

EL CAMINO DEL FUEGO

De regreso al Japón, tras la muerte de dos de sus hijos, y no habiendo podido asistir al funeral de su padre, Morihei, seguramente con el corazón hecho pedazos, volvió sus ojos hacia las enseñanzas de un enigmático personaje del que había oído hablar en un viaje por el norte del país.

Se trataba del visionario, artista, poeta, místico y filósofo Onisaburo Deguchi, carismático líder de una orden esotérica muy espiritualista de origen Shinto y budista conocida como *O-moto-Kyo*, (del "Gran Principio" o la "Gran Causa"). Morihei escuchaba, conmovido hasta lo más profundo, la reminiscencia cósmica de aquellas palabras llenas de sentido, de redentora energía, de "sublime lógica", de vigorosa certeza acerca de la necesidad imperiosa de purificar el cuerpo y el espíritu para lograr la reconciliación con *Lo Divino*, con el alma y el corazón del Universo.

Con el paso del tiempo Deguchi transmitió a su ejemplar discípulo la visión de un Universo concebido como orden, música, sonido, círculo y ritmo perfectos. De esa "visión" nació el Aikido, como la expresión visible de una forma arquitectónica sagrada invisible hecha cuerpo, que nos sincroniza con formas espaciales, cósmicas y divinas, dentro y fuera de nosotros mismos, invisibles pero eternamente presentes, que los sabios de la antigüedad percibieron en forma de visiones, de sonidos, de música de ritmos perfectos.

En la tradición sufí es extremadamente importante la relación directa del discípulo con el *sheij* o maestro, como en la espiritualidad oriental lo es entre el estudiante y el *gurú* o el *sensei*. Y al igual que Rumi a los pies de su maestro Shams de Tabriz, también Morihei, otrora egocentrado, de carácter a veces difícil, rígido, aunque compasivo pero orgulloso y vehemente, tal vez por una herencia cultural que concebía el alma como residiendo en el vientre (*hara*) vio y sintió elevarse su consciencia hacia el corazón y como consecuencia inmediata devino humilde, alegre, expandido, relajado y feliz. Bajo la influencia benefactora de Onisaburo vio consumirse hasta las cenizas (*fná*) su personalidad de hombre común, y abrasado por el amor puro hecho visible en la imagen de su bienamado maestro, también pudo decir, como Mawlana Rumi: "*Estaba crudo. Fui cocido. Me consumí*"

Sultan Wallad, en la biografía que escribiera de su padre, Djalad-O-Din-Rumi (mas conocido como Mawlana, "nuestro señor") desvelaba el amor profundo, místico y cósmico de éste hacia Shams, el derviche errante en quien veía la encarnación misma del Amado, del Divino, y definía esta experiencia de hermandad sobrenatural entre un discípulo y su maestro, con estas magníficas palabras: "*A su lado vio lo que nadie había visto; escucho lo que nadie jamás oyó de voz humana. Por amor perdió cabeza y pies. Se enamoró de El, y fue aniquilado*".

El descubrimiento de esta *Vía del Fuego* abrió a Ueshiba un vasto horizonte de posibilidades infinitas, restableciendo en su interior un imprescindible puente entre la mente, el cuerpo y el alma. Presintiendo a su vez las posibilidades futuras de este discípulo excepcional, Deguchi decidió hacerle partícipe de su más secreto plan: organizar una expedición a Mongolia para crear

una comunidad ideal, un oasis de paz y cultura espiritual, donde sería instaurado un reino de hermandad entre la Humanidad y la Naturaleza. En realidad, la expedición tenía por objetivo hallar un mítico reino perdido en las estepas de Asia Central, un antiguo paraíso de ciencia mística, paz, belleza y verdadera espiritualidad del que hablaban las antiguas tradiciones esotéricas, las leyendas y las enseñanzas budistas, chamánicas, sufíes, hinduistas y taoístas en el que viviría una comunidad de sabios muy evolucionados, *los Inmortales*, y desde donde partían a los cuatro vientos emisarios y mensajeros errantes con misiones pacificadores o con grandes enseñanzas para la evolución de la Humanidad.

Deguchi logró evadirse del arresto local al que había sido sometido por causa de sus ideas consideradas como peligrosas, por libertarias y por oponerse a la entrada de Japón en la Segunda Guerra; ideas que hablaban de reconciliación con el enemigo, de no violencia activa, de belleza, de venerado respeto por la Madre Naturaleza y la vida en todas sus expresiones, y sobre todo de armonía, de perfecta empatía con la ley secreta que rige la existencia misma de la Creación.

En un momento tan crucial de la vida de Morihei, estas palabras atravesaron su alma peregrina de conocimiento, de amor y de luz como una espada calentada al blanco. Con otros discípulos, decide partir hacia Mongolia junto a su mentor. Llegados a China, logran organizar un ejército de salvación, y realizan grandes asambleas ante los líderes políticos y religiosos, donde el magnético Onisaburo deslumbraba a todos con su atrayente personalidad y sus poderes metafísicos, emanados de la ciencia mística de *Chinkon-Kisshin* ("calmar la mente y retornar al origen") llegando incluso a ser entronizado como un *mesías* salvador de la Humanidad.

Pero las relaciones entre ambos países eran tensas. Numerosas traiciones, delaciones, manipulaciones por parte de la policía, de los jefes militares, de clanes mafiosos, los comisarios políticos y la corrupción de los funcionarios locales condenó a la expedición a un trágico final. La mayor parte de sus componentes, acusados de espionaje, fueron encarcelados y fusilados, e idéntica suerte hubieran tenido ambos si la fuerte presión del gobierno japonés no hubiera intercedido en favor de

Deguchi y Morihei. Las fotografías de la época muestran a ambos encadenados cuando iban a ser conducidos ante el pelotón de ejecución.

A pesar de que las nuevas generaciones de instructores y de organizaciones de Aikido han dado la espalda o simplemente no han comprendido el valor de la poderosa presencia en el Aikido de las enseñanzas espirituales y metafísicas de la O-Moto-Kyo, debemos hacer justicia a la carismática y muy positiva influencia de Onisaburo Deguchi en la vida y la obra de Morihei Ueshiba. No debemos olvidar que fue Onisaburo, un auténtico genio en numerosos campos del saber humano y verdadero "hombre renacentista", seguidor de Enmanuel Swedemborg y de Peter Deunov, quién inspiró en Morihei la idea de crear el Aikido, fundamentado en la ciencia esotérica muy antigua de *kototama*-los "sonidos del alma", un ejercicio de canto de nombres divinos o "remembranza", emparentado de muy cerca con el *dhirck* o *zirck* de los sufíes- y en las técnicas de meditación, oración, invocación y curación que impregnaron este "arte de la paz" de un maravilloso y santo aroma de verdadera espiritualidad, no-violencia activa, compasión, amor lúcido, belleza e idealismo místico.

EL DESPERTAR

De regreso al Japón, Ueshiba se aisló de nuevo en las montañas para someterse a largos períodos de purificación escuchando en silencio el canto de Dama Natura, su eterna inspiradora. Se sumergía bajo las cascadas, se entregaba a largos periodos de ascetismo (*shugyo*), de ayuno, de canto sagrado y meditación, y a un espartano entrenamiento marcial, tan intenso que estuvo a punto de causar su muerte. Obsesionado tal vez por la idea de purificación de la que tanto le hablaba Deguchi, pasaba las noches en oración, repitiendo incansablemente las antiguas letanías del budismo esotérico. Entraba así en contacto con los *kamis*, los dioses o fuerzas titánicas, invisibles e inaudibles para la mente mortal, pero omnipresentes en la Naturaleza. Y esa santa madre Naturaleza, eternamente enamorada de los hombres despiertos y mansos de corazón, le revelaba misteriosamente sus más arcanos secretos y poderosos designios. Y fue así como para él llegó también la

hora del dorado amanecer, aquella que sigue a las más oscuras.

Un experto esgrimista llegó a la villa de Tanabe atraído por la reputación de hombre invencible de Morihei, y por la extraña eficacia de su nuevo arte, mas tarde conocido como Aikido. Tras interrogarle acerca de sus ideas y concepciones marciales, no quedó satisfecho, tal vez porque O-sensei le habló de la ciencia mística de *kototama*, de los *kamis* y los *mikotos* del panteón shintoísta, entremezclados con un sincretismo de elevados principios esotéricos y superiores (y muy extravagantes) técnicas marciales. Es evidente que el espadachín no entendió absolutamente nada de lo que escuchó, y que perplejo y seguramente herido en su orgullo, retó a O-Sensei a un combate singular (*mato-shiai*) como era normal en aquella época. La escena nos es relatada por Mitsuji Saotome, uno de sus más ilustres discípulos, en su remarcable obra "Aikido o la Armonía de la Naturaleza: (4)

"Salieron juntos al jardín. El visitante iba armado con una katana (sable japonés tradicional) Ueshiba con las manos vacías. El kendoka se puso en guardia. Su hoja brillaba bajo el sol y Ueshiba aguardaba tranquilamente frente a él. Permanecieron largo tiempo en esta posición. El sudor comenzó a inundar la frente del espadachín y, más tarde, a recorrer su rostro con lágrimas. No se movieron. O-Sensei, calmado y desapegado, vigilante pero sin manifestar espera alguna, reflejaba simplemente al hombre y al arma que se mantenían frente a él. Cinco, siete, diez minutos transcurrieron. Agotado por la visión insostenible y por la lucha por intentar atacar al Universo mismo, el maestro de kendo se rindió..."

Transcurridos aquellos eternos instantes en los que Morihei estuvo una vez más *al borde del abismo*, se dirigió hacia una pequeña fuente en el jardín, como era su costumbre, para beber agua y enjuagarse el rostro. De repente le fue imposible avanzar o retroceder, un calor intenso que hacía transpirar abundantemente su rostro, le invadió...

"Tuve la sensación -relataría más tarde- de que el Universo entero entraba en vibración y que una energía espiritual color dorado se elevaba de la tierra transformándolo todo en un cuerpo dorado. En ese mismo momento mi cuerpo y mi espíritu se iluminaron. Entendí entonces el lenguaje de los pájaros y tuve una clara conciencia del pensamiento de Dios, creador del Universo. Lágrimas de felicidad sin fin rodaron por mis mejillas".

LA DANZA DE LA UNIDAD

Tras esta experiencia interior de "despertar súbito" o de "posesión divina", Morihei Ueshiba, que era un gran experto en numerosas vías marciales, despojó sus extensos conocimientos en materia de artes marciales de cualquier forma de violencia, de enfrentamiento y de destrucción, y creó un arte de expresión de la no-violencia activa, de empatía, de creación, de "amor en movimiento" y de armonización con la Naturaleza que en el devenir de los años se ha convertido en una verdadera filosofía cósmica y en un maravilloso "arte de vida".

Como todos los grandes sabios e iluminados de nuestra historia espiritual, conocidos o desconocidos, que alcanzaron la misma cima de despertar, de intuición o revelación cósmica, como Ibn'Arabi, Shankara, Mawlana Rumi, Dogen, Ramakrishna, Vivekananda, Ramana Maharshi, Meister Eckart, Juan de la Cruz o Teresa de Ávila, tras su experiencia de "unicidad", obviamente también Morihei Ueshiba llegó a convertirse en un seguidor fiel de la "doctrina de la Unidad" o de la "filosofía de la Unidad del Ser"- la *wadhat-e-Woyud*) de los santos sufíes, el *Advaita-Vedanta* de los sabios de la India, o la *Pansofía* del hermetismo occidental. El ideal santo del caballero errante, que parecía colmar sus más elevadas aspiraciones, dio naturalmente paso a otro ideal menos humano, menos mortal, más universal y mucho más divino.

El maestro sufí Javad Nurbakhsh, nos habla sobre esa "vía unitiva" en su obra "En el camino del Sufí":

"Mas tarde, a medida que la filosofía de la Unidad del

Ser (*Wadhat-e-Woyud*) y el Amor divino fueron expresados por los maestros de la senda y fueron adquiriendo mayor profundidad y belleza, la tradición de la *Yawan mardi* (la vía caballeresca) también encontró una extraordinaria influencia y seguimiento entre los sufíes, pues el espíritu del sufismo consistía en mirar en una sola dirección (la de Dios) a través de la fuerza del amor y del cariño, y su método, cultivar el comportamiento ético del hombre, lo cual se correspondía con la tradición de la caballería" (5)

El ideograma *AI* traduciría precisamente ese concepto de *unidad*, de interrelación de todo cuanto existe, y también la idea de alcanzar una ósmosis con ese Universo (*uni-verso*: que se dirige en la misma dirección) por medio del amor, de la empatía perfecta, de la "implacable lucidez" del que ha experimentado en su alma la inexistencia de todos los fenómenos. En el arte del Aikido se intenta crear la armonía a partir del conflicto, recrear la Unidad a partir de la dualidad. Ser uno, dejar de ser dos. Para los verdaderos maestros de Aikido, la fuerza invisible, el pulso interior, la sutil música que rige el devenir de los astros en la bóveda celestial, que mantiene igualmente cohesionados los átomos, las moléculas y las partículas subatómicas de la materia y de nuestra propia estructura microcósmica, que genera los ciclos y los ritmos de la vida, es el amor divino, que se expresa como un fluir eterno del *Ki*, la energía que nos da la vida, el movimiento y el ser.

Georges Leonard, escritor, físico, musicólogo y experto de Aikido, nos habla de esta armonía interior en su obra *El pulso silencioso*:

"Por muchas que sean nuestras imperfecciones, en el fondo de todos nosotros existe un pulso silencioso de ritmo perfecto, un complejo de formas de ondas y resonancias, absolutamente individual y único, y que, sin embargo, nos conecta con todas las demás cosas del Universo. El acto de ponernos en contacto con ese pulso puede transformar nuestra propia experiencia personal y, de un modo u otro, alterar el mundo que nos rodea."
(6)

En todas las épocas y culturas han existido hombres que intuyeron la existencia de una armonía perfecta, de una "música de las esferas", como el insigne Pitágoras y su escuela de Crotona, como Giordano Bruno, Mewlana Rumi, Kepler o Galileo, entre muchos otros santos, científicos iluminados o simplemente iniciados, que a menudo fueron perseguidos y pagaron con sus preciosas vidas el elevado precio de sus mentes expandidas, de sus corazones amantes de la Verdad, muy por delante de sus contemporáneos, e incluso de nuestra época.

El filósofo, paleontólogo y teólogo Theilard de Chardin definía a Cristo como *un devenir de la energía hacia la unidad*, un concepto filosófico y profundamente científico que se acerca mucho a la idea shintoísta y taoísta de *Kannagara-no-Michi*, la "Ola de Dios", el "Gran Tao" o "Gran Devenir". Los seres humanos, en todas las épocas y latitudes, han buscado esa armonía perdida por el camino de la adaptación del cuerpo y la mente a ciertos ritmos, formas y sonidos, por medio de danzas sagradas y en particular por giros en espiral, como la celebre y conmovedora *sêma* (o *sâma*, la "escucha") de los derviches giróvagos, no una simple danza, sino un poderoso ejercicio, una "oración con todo el cuerpo".

Pero la *sêma* no es una experiencia estética, ni una simple danza, como el Aikido original, no es algo baladí, no es algo que pueda tomarse a la ligera, simplemente como un deporte o un arte de combate, y su indebido uso puede traer desastrosas consecuencias, pues como dice la tradición, *la energía sigue al pensamiento*. Mewlana Rumi nos inquieta así y nos despierta con sus versos: "*¡Sois prisioneros, cavad un túnel huid!*" y acerca de la *Sêma*, nos advierte:

"Danza sólo cuando estés mortificado,
Cuando estés liberado del imperio del ego.
Danza cuando te despedacen.
Danza cuando hayas desgarrado la venda.
Danza en medio de la batalla.
Danza en tu sangre.
Danza cuando te sientas enteramente libre."

El maestro sufí Abdbdulah Semnani previene a los incautos y a los profanadores de los templos del alma:

“Nuestro éxtasis en el sêma no es una ilusión,
ni nuestra danza una diversión.
Di a los que nada entienden:
¡Oh, vosotros ignorantes,
no es en vano cuando tanto hablan de él”.

El padre Emilio Garrido Aguilar nos dice acerca de la Sèma:

“La danza del sêma es participar en la ronda vertiginosa de los planetas. Es como un torbellino de la energía de Dios dentro del torbellino del cosmos. Es, en su más honda esencia, una participación mística, al unísono, con la música de las esferas que predispone al iniciado a sentirse parte activa del sonido y de la danza cósmica de la creación” (1)

La inclusión, la armonía con los ritmos secretos de ese Universo paralelo; la intuición de un eterno fluir de una energía poderosamente redentora, divinamente consoladora, amorosa y salvífica a nuestro alrededor constituye el sentido profundo de la práctica de la sêma y del verdadero Aikido. Esto explicaría las decisivas transformaciones, a veces lentas pero en general evidentes que experimentan sus practicantes. Los estudiantes devienen más calmados, más libres física y espiritualmente. Según la intensidad y sobre todo de la calidad de la forma de entrenamiento que en gran medida depende de la expansión de consciencia del instructor y de su propia “búsqueda” espiritual. Se observan a veces drásticos cambios en el carácter en los alumnos, así como una necesidad de expresar aquello que aprenden, a menudo inconscientemente (y a pesar de sí mismos) en sus vidas de cada día.

En la práctica del Aikido, el adversario -espejo, sombra de uno mismo, como diría Jung- es atraído literalmente hacia el vacío dejado por nuestra “ausencia” a un verdadero vórtice o torbellino de energía en espiral, revelado por medio de una dinámica de gestos precisos, muy simbólicos y despojados de toda violencia. Como O-Sensei nos enseñó:

"La técnica del Aikido se organiza alrededor de un movimiento circular, puesto que todo conflicto se resuelve a través del espíritu del círculo. El círculo engloba al espacio y es de la perfecta libertad de ese vacío que nace el Ki. Es a partir de ese círculo que los procesos de creación son unidos por el espíritu del Universo sin límites. El espíritu es el creador, el hombre eterno, insuflando vida a todas las cosas... En el interior del círculo el Ki del Universo es dirigido hacia el proceso de creación, de evolución, de protección" (7)

KI, LA ENERGÍA DE LA CREACIÓN

Los estudiantes de Aikido, como los sufíes, lejos de renegar o de demonizar el cuerpo humano, lo utilizan como un instrumento sagrado de evolución y de despertar. Ello les lleva a conocer el misterio del Ki, el prana de los hindúes, el agyon-pneuma de los filósofos griegos o el pasi-anfas-"soplo" o "aliento divino"-para los sufíes. Es la poderosa energía que anima y crea todas las formas de existencia, que a pesar del aura de misterio que a menudo la envuelve, es lo más evidente sobre esta tierra, pues vivimos literalmente sumergidos en un océano de Ki. Es la sustancia o la vibración que se manifiesta en infinitas formas naturales. La ciencia comprende ahora algo que los sabios de la antigüedad ya conocían: que la materia no es sino un sonido, una vibración. Pero especulando hasta lo infinito, intuyen que esa materia no es otra cosa que luz o sonido cristalizado. Pitágoras, hace más de 2500 años afirmaba que una piedra era en realidad música petrificada.

O-Sensei escribió:

"En el principio fue la fuerza original que llamamos Ki. Esa fuerza original se manifestó por un sonido y creó el mundo en que vivimos. Como consecuencia, nuestras vidas son una parte del Universo, y cada uno de nosotros, hasta el más débil posee una fuerza interna muy grande que le fue dada en su nacimiento". (7)

Inspirándose en las enseñanzas de O-Moto-Kyo y del shintoísmo esotérico, Ueshiba también percibió ese eterno fluir

de la energía, el flujo eterno de la fuerza creativa que une el pasado con el futuro, que recorre el espacio y crea todas las formas de existencia en todas las dimensiones y planos de existencia y consciencia. Para Saotome Sensei:

"Kannagara es una vía de perfección que no comporta doctrinas del bien ni del mal. Una vía que encuentra la verdad y la realidad divinas, sin cesar en búsqueda de formas cada vez más perfectas de existencia. Kannagara es un camino de libertad suprema -añadiría Saotome- pues para que la acción esté en armonía con la Naturaleza, debe ser el resultado de una obediencia espontánea al Kami, creador y origen del Universo. Las montañas, el viento, los ríos, los árboles, las hierbas llevan su nombre..." (4)

En Aikido tratamos de integrarnos, de fluir, de incluirnos en el *Kannagara*, de "hacernos uno con el Tao", con la "Ola de Dios", por medio de la aplicación del principio universal del círculo, de la espiral y de la "esfera dinámica", y hacernos conscientes de que en la realidad del ser, despojados del sentido del yo (*nafs*) limitado, somos *Uno* con ese espacio, con ese Universo, con ese amor hecho sonido, luz y materia en el que existimos, fluimos y somos. Pero el ser humano debe antes liberarse de numerosas tensiones y bloqueos físicos, emocionales y mentales; de ideas preconcebidas, de creencias estrechas, de cualquier limitación cultural, tradicional, sociológica o educativa heredada del pasado, es decir, de la memoria. Y como para los maestros sufíes, también de la prisión del deseo, del miedo y del egocentrismo. Por esta razón los primeros tiempos en la práctica del Aikido deberían ser consagrados a una dinámica de purificación (*misogi*) y de liberación del cuerpo y de la mente, para que el *Ki*, la energía vital del alma, pueda circular libremente sin obstáculos.

Nuestros temores, ambiciones, miedos, egoísmos, traumas, amores, desamores, orgullos y odios contraen, colapsan, enferman, enquistan y finalmente *matan algo en nosotros*, tanto física como psíquica y espiritualmente. André Nocquet, alumno directo del descubridor del Aikido, filósofo y también maestro de Aikido, añadiría:

"Cuando la fuerza original, el Ki, penetra y anima un cuerpo, exige dirigirlo plenamente. Exige también una capitulación completa del yo y el control de nuestras facultades intelectuales. Exige que el cuerpo se someta a ella misma. Reclama los talentos de virtuosismo técnico y las capacidades del cuerpo que va a utilizar para protegerlo. Quiere utilizar la habilidad total de aquel en quien ha penetrado. Para ella, la mente, el yo, es un obstáculo". (7)

Para O-Sensei, Ai, la armonía, la Unidad, debía ser alcanzada en un cierto grado antes de que la energía interior, el fuego del alma, fluyera con naturalidad, sin obstáculos y sin riesgos. Pero Ai significa para el descubridor del Aikido ante todo amor. Pero el amor al que continuamente hacía referencia en sus poemas, en sus caligrafías, con sus palabras, con sus técnicas asombrosas, con sus gestos magistrales, únicos, irrepetibles, no era el simple amor humano, hecho de temor, deseo y apego, ese amor que sufre o que hace sufrir, ese amor que a menudo asesina al propia amor, sino al amor expandido, creativo, desapegado y poderosamente vital del alma humana.

A pesar de existir de forma continua en nosotros y a nuestro alrededor, esa energía anímica o psíquica puede expresarse de maneras extraordinariamente poderosas en circunstancias particulares, a menudo tras momentos críticos o de gran tensión que nos conducen a un abandono o capitulación total del sentido del yo. Cuando todos nuestros recursos físicos, morales, emocionales e intelectuales han resultado estériles, entonces, el gesto preciso, la actitud correcta, el conocimiento intuitivo o el poder supra-físico necesario se manifiestan en forma casi milagrosa. Pero el maestro André Nocquet nos previene:

"Un verdadero aikidoka debe dejarse llevar por el Ki hasta el desprecio mismo de la muerte. Esta es la verdadera forma de pasar de la muerte a la vida. La fe en esta creencia, la certeza absoluta de que el Ki protege y no abandona a aquel que ha renunciado a su voluntad propia, vuelve al aikidoka fuerte y resuelto. Aquellos que no se han encontrado en peligro de muerte no pueden percibir el

verdadero espíritu del Aikido, que es aquel de trascender la vida y la muerte mismas". (7)

Sobre el *tatami*, cada aikidoka, como un derviche giróvago, se sitúa a sí mismo en el "Centro del Universo", pero también los demás lo están. Aquel que asume el papel activo aprende el sentido profundo de la capitulación, de la adaptación, de la entrega, del abandono de sí mismo. Se inmoviliza y se permite fluir el ataque para protegerlo de su propia ira, de sus miedos e intenciones destructivas y nefastas, y reconducirlo a un espacio sagrado, común, de no-dolor, de no-conflicto, de no-sufrimiento. Para André Nocquet:

"Es preciso proyectar en el corazón del adversario y en la más oscura conciencia una fuerza benéfica tal que venceremos por su causa y también por la nuestra".

Tras cada *ukemi* (caída, adaptación, proyección) éste se recicla a sí mismo, sin dolor y sin sufrimiento. Cada ser es único en ese Universo microcósmico y todo ha de obrar armoniosamente unido, todo actúa en virtud de búsqueda de la armonía presentida, intuita, revelada. En esos momentos de música perfecta, de "complicidad cósmica" de *déjà vû* universal, todo ocurre tal como debe ser, ni un copo de nieve cae donde no debe caer, y "todo es voluntad del amado". Y para O-Sensei: "esos instantes de verdad sólo contienen el vacío".

LA DANZA DEL VACÍO

Algunos científicos occidentales comienzan a intuir el valor de aquello que, de una u otra forma, conforma la quintaesencia de la mística y de la metafísica oriental: el vacío. Cuanto más nos adentramos en el inconmensurable Universo exterior o nos sumergimos en el océano de lo infinitamente pequeño, más evidente se hace para nosotros la existencia de un espacio, campo cuántico o campo punto cero, de proporciones sobrecogedoras que la India védica llama *Mahakali*, la Oscura o simplemente, *Akasha*. Los seres vivientes estamos formados por un 99'9 por ciento de vacío y si pudiéramos reducir nuestros átomos, extrayendo de ellos ese vacío, tal vez nuestra materia

no ocuparía un espacio mayor que la cabeza de una aguja. El propio Albert Einstein afirmaba: *Podemos considerar la materia como estando constituida por regiones de espacio en las cuales el campo es extremadamente intenso. No hay lugar en esta nueva física para el campo y la materia, porque el campo es la única realidad.*

Sheldrake, Heisemberg, Bohr, Laszlo y Capra entre otros, con sus descubrimientos y visiones de una ciencia del espíritu que desbaratará próximamente los antiguos conceptos filosóficos, religiosos y científicos, han dado nacimiento a una nueva vía de comunicación reencontrada entre la ciencia y la metafísica de los grande iniciados, aunque muy difícilmente reconciliable con el fundamentalismo y la ortodoxia de las religiones organizadas. Estos nuevos visionarios saben comparar los más avanzados descubrimientos científicos con los preceptos de la mística y la metafísica universal, y nos revelan ahora en sus ensayos pensamientos y conceptos altamente místicos que se asemejan profundamente a la visión espiritual de los grandes maestros del pasado. Fridtjof Capra habla de esa reconciliación entre la ciencia y la metafísica, que define como el "Punto crucial", en alusión a un trigramma de I-Ching que predice esa confluencia(8).

El astronauta Edgar Mitchell, uno de los primeros hombres en caminar sobre la superficie de la Luna en el transcurso de la expedición Apolo XIV, y en cuyas palabras no podemos sino escuchar los antiguos ecos de los versos áureos de Pitágoras de Homero, de Platón, de los poetas órficos, de Mewlana Rumi y de otros tantos grandes santos sufíes, tuvo también una intuición sobrenatural de esa danza de la energía, de ese santo y sagrado devenir, que relató con estas solemnes palabras:

"Todo empezó con una experiencia digna de cortar el aliento: la visión de la Tierra flotando en la inmensidad del espacio. Era un panorama majestuoso, una espléndida joya azul y blanca suspendida en un cielo de terciopelo negro. ¡Con qué tranquilidad y maravillosa armonía parecía integrarse en el modelo de evolución que guía el Universo! En ese momento de éxtasis, la presencia de lo divino casi se hizo palpable y supe entonces que la vida en el Universo no era solamente un accidente producido por los mecanismos

del azar. Experimenté claramente la nítida sensación de que el Universo tiene un significado y una dirección”.

Cuando John Glenn, científico de la NASA y también uno de los pioneros en los viajes espaciales visitó al Maestro Ueshiba, éste y sus alumnos realizaron para él una demostración de Aikido. Al terminar, O-Sensei preguntó al célebre astronauta acerca de lo que había experimentado en el espacio. Glenn respondió que al observar la Tierra y el cosmos que la rodeaban tuvo la convicción de que ese Universo era el jardín de Dios. El Maestro sonrió y dijo: *Las enseñanzas espirituales y la ciencia moderna son exactamente lo mismo. La ciencia pone en evidencia la grandeza divina.*

EL CAMINO DEL CORAZÓN

O sensei nos dice:

“Si el corazón es impuro, estaréis llenos de tensión interior, de orgullo, de desorden, de confusión, de mil enfermedades físicas, mentales y emocionales. Jamás podréis comprender el Aikido si vuestro corazón no se purifica. Debéis lavarlo para tener paz en vosotros mismos y con el mundo, no siendo enemigo de nadie, no viendo a nadie como vuestro enemigo”.

Los extraordinarios descubrimientos en el campo de la cosmo-física y de la física cuánticas, unidos cada vez más la espiritualidad inmemorial, sugieren que existimos como un centro vibrante de ondas que extiende su influencia hasta los confines del tiempo y del espacio, y cuanto más nos comprometemos en una visión holística, homeopática, simbiótica, holográfica y sinérgica del Universo, más nos sentimos tentados de reconocer nuestra existencia en términos de unidad, infinitud e inmortalidad.

Para los científicos visionarios, tanto como para los maestros espirituales, *el Universo es un sistema de respuesta. El hombre es un microcosmos, un Universo en miniatura, un dios que se ignora a si mismo.* Todo proceso real de aprendizaje

debería ser considerado desde un punto de vista de "remembranza", en el sentido en que Pitágoras o Sócrates con su famosa "mayeútica" concebían el aprendizaje: *recordar lo que ya sabemos y ser lo que ya somos*. Desde un punto de vista verdaderamente espiritual, el ser humano no es un ignorante sino un ser *amnésico* de su verdadero origen estelar y de su grandeza divina. La metafísica, la poseía, la música, el canto y la literatura sufí hacen hincapié constantemente en la importancia de conocer el amor divino (*eshq*) y el "despertar el corazón". Como dice el Dr. Nurbakshk en uno de sus poemas:

"A través del amor llegué a un lugar donde no queda rastro del amor, donde toda riqueza de yo y tu y toda imagen de existencia fueron aniquilados del recuerdo por una única pasión"

Para el maestro sufí Rhani Oruç Guvenç:

" El origen de cualquier enfermedad es ser cortado, velado de la unidad existencial de la creación. Este velo se manifiesta en todos los niveles: puede percibirse en la pérdida de contacto con el espíritu y el alma, en las desavenencias en la familia o la comunidad social, o en la pérdida de conexión consciente con la Realidad Divina"

Ello nos conduce a la idea sufí de "remembranza", de recuerdo, de añoranza divina, como el célebre poema de Mawlana Rumi dedicado a la flauta de caña (*ney*) arrancada del cañaveral, que leemos al principio de su monumental obra, el Masnavi:

"Escucha el lamento de la flauta de caña, llorando su destierro del hogar.

Desde que me arrancaron de mi lecho de mimbre, mis lastimeras notas han hecho llorar a hombres y mujeres.

Reventé mi pecho esforzándome por desahogar los suspiros.

Y expresar los dolores súbitos de mi anhelo por mi hogar.

Quien mora lejos de su hogar anhela siempre el día del regreso.

Mi lamento se oye en todas las multitudes, a coro con aquellos que se regocijan y aquellos que lloran.

Cada uno interpreta mi melodía en armonía con sus propios sentimientos, pero ninguno desentraña los secretos de mi corazón.

Mis secretos no son ajenos a mis lastimeras notas.
Sin embargo, no se manifiestan al ojo o al oído sensual.
El cuerpo no está velado al alma, tampoco el alma al cuerpo.
Sin embargo, ningún hombre ha visto jamás un alma.
El lamento de la flauta es fuego, no mero aire.
¡Dejad que quien carece de ese fuego sea considerado muerto;
Es el fuego del amor el que inspira la flauta”.

El Aikido no nos invita a sentarnos buscando una liberación individual, sino en beneficio de todas las criaturas, a adentrarnos en el gran escenario de la vida con los ojos bien abiertos, pero con los brazos abiertos, con un corazón expandido, alegre y fluido, con una mente y un alma iguales a un cristalino arroyo de montaña que busca su reencuentro con el gran océano. El camino del Aikido es el de la vivencia diaria que refina y purifica la calidad de la existencia. Es una vía de defensa de la paz y de salvaguarda del amor, como prioritaria responsabilidad en nuestras vidas, aceptada con alegría, entusiasmo y libertad. *“Oramos sin cesar- decía O-sensei- para que el combate no tenga lugar. El espíritu del Aikido es aquel de un ataque amoroso y de una reconciliación pacífica. Con este fin unimos y reunimos a los adversarios con el poder último del amor. Por el amor somos capaces de purificar a los demás”.*

El 26 de abril de 1969, a la edad de 86 años, O-Sensei Morihei Ueshiba, pasó al Oriente y se unió al Amado. Hasta el último momento acudía al *dojo* (similar a la *janaqah* sufí, la sala de practica donde el aikidoka se “embriaga de Ki”, para practicar su amado Aikido. Allí sus discípulos veían a un anciano minúsculo consumido por la enfermedad recuperar sus fuerzas sobrenaturales y proyectarlos a distancias inconcebibles, o corregir suavemente a los niños: *“es así como debe hacerse”*-le oían musitar sonriendo. Como un gran maestro sufí, su amor desmesurado por lo Divino, su entrega a la vida, su fuego interno, su visión, su compasión profunda hacia todos los seres, legaron un tesoro de incalculable valor para las

generaciones futuras. O-Sensei creía desde lo más profundo del corazón que el Aikido podía cambiar el mundo, porque metamorfoseaba el corazón de los que en él se incluían, porque cambiaba la mente de aquellos que se entregaban a esa danza cósmica de la energía. En uno de sus poemas dijo:

"Quiero que la gente escuche atenta a la voz del Aikido. No es para corregir a los demás, es para corregir vuestra propia mente. Esto es el Aikido, esta es la misión del Aikido y debería ser vuestra misión."

Moriehei Ushiba fue un verdadero sufí, un "loco de Dios", pues hizo con su vida exactamente lo contrario de lo que haría un hombre común: puso su talento, su fuerza, su energía, su cuerpo y su corazón al servicio de su alma inmortal. Y un sufí, como dijo el maestro Hwiyuri: *"Es aquel que ha muerto a sí mismo y vive conforme a la Verdad; ha escapado del dominio de las facultades humanas y ha llegado realmente a Dios"*.

Elevando su dedo índice hacia el Cielo, le oyeron pronunciar estas proféticas palabras. *"Todo irá a peor, volveré. Vuelvo ahora al lugar de donde vine..."*.

La herencia espiritual y trascendental de O-sensei y de sus maestros, constituyen el secreto mismo del Aikido: una secreta carta de navegación para el navegante cósmico que todos llevamos dentro. ¿Acaso no reflejan los últimos bocetos del genial Leonardo da Vinci, como la danza santa de los derviches, su último y sobrecogedor descubrimiento: *la espiral de la energía como origen y evolución del Universo?* O-Sensei nos reveló el camino con estas palabras:

"El secreto del Aikido es armonizarse con el movimiento mismo del Universo. Aquel que ha descubierto el secreto del Aikido tiene el Universo en sí mismo y puede decir ¡yo soy el Universo! ¡Despojaos de vuestra escoria, quitaos las sucias vestiduras de vuestro espíritu, abrid vuestro corazón a la evolución celeste y brillad!"

Desafortunadamente el Aikido de los orígenes se convierte paulatinamente en nuestros días simplemente en un deporte exótico, al igual que la *sêma*, la danza en círculos de los derviches giróvagos se ha transformado en un espectáculo

estético para turistas, con la excepción en ambos ámbitos de ciertos grupos "disidentes", formados por buscadores espirituales leales a la tradición y al mensaje de los maestros.

Por fortuna, los verdaderos instructores de Aikido siguen siendo fieles a las enseñanzas y al ejemplo vivo del su descubridor, a las leyes y principios de la naturaleza santa y amada. ¿Dónde están? ¿Quiénes son en la actualidad los verdaderos maestros? Para el verdadero adepto del Aikido, esos maestros siguen siendo, como antaño, el serpenteante arroyo de montaña que busca vehementemente la comunión, el éxtasis de la unión y el retorno al "Gran Océano" de donde vino. A la enseñanza silenciosa de las hojas de los pinos, que ceden y se adaptan humildes ante el peso de la nieve. A la brizna de hierba que se dobla y deja pasar el vendaval. A la rama de bambú que se inclina y cede ante la tormenta y el huracán, y se erige de nuevo, fresca, viva, verde y poderosamente vertical, sin haber perdido una pequeña parcela de su energía. La hoja que fluye alegremente, esquivando los obstáculos en la corriente del agua. El sutil, sempiterno, casi etéreo movimiento de las estrellas, de las órbitas de los astros, de las galaxias, de las constelaciones. El oleaje del mar, la omnipresente espiral, la elipse y la esfera dinámica, el vórtice sinuoso y feliz que se intuye en la simetría perfecta de las formas simples, puras y naturales, son los constantes, leales y tal vez únicos verdaderos maestros del Aikido.

Sirva este escrito para invitar a ambos buscadores espirituales, sufíes o fieles seguidores de la obra de O-sensei, a reencontrarse en la *janaqah* o el *dojo*, y compartir juntos en la alegría, la belleza y el amor, una experiencia común de búsqueda espiritual, de retorno, de anhelo y de despertar, a igual que Mawlana Rumi invitaba a todos los seres, en todas sus formas, planos y dimensiones de consciencia a la ceremonia santa de la *sêma*, la danza cósmica de los derviches:

"¡Ven;
Quien quiera que seas ¡ven;
Infiel, pagano o idólatra, ¡ven;
Nuestro umbral no es el del desaliento
Aunque mil veces perjuro ¡ven;
Aprende la lengua de los que de ella carecen.

¡Ven!

© Carmelo Ríos
Escritor, orientalista,
profesor de Aikido.

Bibliografía:

- (1) Emilio Galindo Aguilar: *"La Experiencia del Fuego"*. Editorial Verbo Divino. Estella, Navarra, 1994.
- (2) Dr. Javad Nurbakshk: *"En la taberna, siete ensayos sobre sufismo"*. Ed. Luis Cárcamo, Madrid, 1992.
- (3) Ernest Scoot *"El Pueblo del Secreto"*. Ed. Sirio, Málaga, 1983.
- (4) Mitsuji Saotome: *"Aikido o la Armonía de la Naturaleza"*. Kairós, Barcelona.
- (5) Dr. Javad Nurbakshk: *"En el Camino Sufí, cuarenta palabras y treinta mensajes"*. Centro Sufí Nematollahi. Ediciones Nur. 1998.
- (6) Georges Leonard: *"El Pulso Silencioso"*, Edaf, Madrid, 1987.
- (7) André Nocquet: *"Présence et Message du Maître Morihei Ueshiba"*. Guy Trédaniel, editor, París, 1987.
- (8) Fridtjof Capra: *"El Tao de la Física"* y *"El Punto Crucial"*. Ediciones Luis Cárcamo. Madrid y Ediciones Integral, Barcelona.